



Entrada Libre

La colección de objetos mexicanos antiguos del Museo del Hombre de París

José de Jesús Núñez y Domínguez

José de Jesús Núñez y Domínguez dio como residencia el número 86 de la avenida Kléber, en París, cuando en mayo de 1937 ingresó a la Société des Américanistes. La Secretaría de Educación Pública le había dado la encomienda de localizar materiales mexicanos en los archivos europeos. Otro fue el sentido de su presencia en las reuniones de esta sociedad de letrados e incluso se animó a dirigirse a los asistentes como expositor, como cuando en junio de 1937 glosó el trabajo de Alfonso Caso en Monte Albán. Un año y medio después, en noviembre de 1938, por unanimidad, Núñez y Domínguez se transformó en miembro correspondiente. Por esa época, como dice en este escrito, había sido testigo de la transformación del viejo Museo de Etnografía, fundado en 1878, en el Museo del Hombre, y un usuario frecuente de la Bibliothèque Nationale, con cuyo acervo integró una ponencia sobre las colecciones de documentos mexicanos antiguos de este mismo depósito para el Congreso Internacional de Americanistas que en octubre de 1939 se celebró en la ciudad de México. De manera que casi acababa de regresar a la ciudad de México cuando el 31 de diciembre, dos meses después de la referida reunión de americanistas, el presidente Lázaro Cárdenas expidió el decreto con el que se creaba el Instituto Nacional de Antropología e Historia. A partir de ese momento, Núñez y Domínguez trabajó con las cerca de 15 mil piezas en el Departamento de Historia del antiguo Museo de Historia, Arqueología y Etnografía, a fin de trasladarlas de Moneda a su nueva casa, el Castillo de Chapultepec, en donde el mismo Cárdenas situó el Museo Nacional de Historia. Núñez y Domínguez leyó el texto que aparece a continuación el 6 de junio de 1940 ante la Sociedad Mexicana de Antropología. Ahí recoge algo de su paso por el Museo del Hombre, pero se publicó hasta cuatro años después, en el sexto tomo de la *Revista*

Mexicana de Estudios Antropológicos, el año en que él mismo, al frente del nuevo Museo Nacional de Historia, abrió sus puertas el 27 de septiembre de 1944. José de Jesús Núñez y Domínguez nació en 1887 y murió en 1959. Exhumación y nota de Antonio Saborit.

Señor Presidente:

Señoras, Señores:

COMO LO EXPRESÉ en mi anterior trabajo leído en esta Sociedad, ya la docta palabra del eminente doctor Paul Rivet, director del Musée de l'Homme de París, os ha puesto al tanto del funcionamiento, organización y demás características de esa magnífica institución, orgullo de la museografía francesa y de la de todo el Universo; y ya también habéis oído las más detalladas informaciones técnicas acerca del mismo Museo de los propios labios del subdirector de dicho establecimiento, de nuestro muy querido amigo el doctor Jacques Soustelle, a quien tenemos otra vez el hondo placer de encontrar entre nosotros junto con su respetable esposa,¹ y a quienes, en estos momentos de prueba para su gran patria, significo públicamente mis más cordiales simpatías.

Si a pesar de haber escuchado a estos ilustres sabios, indudablemente más capacitados y autorizados para hablar de un establecimiento de que son alma y vida, me atrevo ahora a hablar del Musée de l'Homme en el aspecto más interesante para México, es por el hecho de que tuve la fortuna de que se me proporcionara un material precioso cuyo conocimiento puede servir por lo menos de punto de referencia para los estudiosos. Este material, naturalmente, me fue cedido por el personal directivo del Museo del Hombre, que siempre tuvo para mí, como lo tiene para cualquier intelectual de Hispanoamérica, las más exquisitas atenciones.

En todas las ocasiones en que me ha parecido oportuno, he proclamado que en el Musée de l'Homme, está la casa de México, porque tanto el director Rivet, como el doctor Soustelle y su esposa, y el personal entero de esa institución, acogen a los mexicanos como a verdaderos amigos. Las puertas se hallan



Figura 1. Figurilla teotihuacana

¹ Jacques Soustelle (1912-1990), etnólogo, quien en breve terminaría aliándose a la resistencia francesa y al general Charles de Gaulle. Georgette Soustelle vino a México por primera vez para estudiar a los otomíes en la década de 1930, con quienes vivió dos años. En febrero de 1940, siendo titular del Departamento de América del Museo del Hombre, en sustitución de Heinz Lehmann, viajó nuevamente a México, como pensionada de la Ecole Française de Mexico, para preparar su tesis para la Facultad de Letras. Rivet nombró como titular del área que ella dejaba vacante al etnólogo suizo Henry Reichlen.

abiertas de par en par para nosotros y no tengo para qué expresar que esas muestras de benevolencia jamás pueden olvidarse.

Por ello, durante mi estancia en París, pude asistir a la instalación del Musée de l'Homme. Formidable trabajo fue aquél. Durante meses, día a día, todo el personal trabajó sin descanso. Fui testigo de esa enorme tarea. Anduve entre cajas repletas de objetos, vi cómo se limpiaban, se clasificaban y colocaban en las vitrinas, me metí en las bodegas, contemplé el ir y venir de los empleados y me di cuenta de las fatigas de todos, que con una laboriosidad ejemplar, aun a deshoras de la noche, se consagraban a la dura tarea de presentar a la ciencia una de las más bellas instalaciones museográficas contemporáneas.

Y cuando al fin se inauguró el Museo del Hombre, la noche del 20 de junio de 1938, sólo aquellos hombres y aquellas damas que habían puesto la suma de sus esfuerzos en esa obra y los que nos considerábamos como íntimos de la casa, podíamos saber lo que significaba en devoción personal, en sacrificio y en amor a la ciencia, el rotundo éxito obtenido.²

Desde esa fecha el público pudo visitar ya diversas salas; pero aún faltaba la instalación de la Sala d'Amérique, de los Salones de América. Meses y meses todavía se entregaron al tremendo trabajo los doctores Rivet y Soustelle, la señora Soustelle, el doctor Enrique Lehmann y demás colaboradores de esa sección. Sobre todo Mme. Soustelle no tuvo momentos de descanso. Siendo la ayudante principal de la Sección de América, junto con el doctor Lehmann, especializado en cuestiones americanas, puso todo su afán, como técnica que es en exhibición y perita también en antropología americana, en que los objetos de nuestro continente lucieran en toda su variedad estupenda y en su espléndida riqueza. Aún me parece verla, cubierta con su guardapolvo, trasegar en cajas, consultar inventarios, dirigir la colocación de las cédulas, controlar en fin, la organización de aquel maremágnum de utensilios, cerámica, esculturas, telas, conjunto heteróclito que poco a poco iba siendo arreglado por procedimientos científicos en vitrinas, en pedestales, en paneles.

² El 31 de diciembre de 1938, al expedir el decreto con el que se creaba el Museo Nacional de Historia como parte del INAH, dio inicio el desgajamiento del Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnografía: por un lado se concentraron, empacaron e inventariaron las cerca de 15 mil piezas de su Departamento de Historia, a fin de trasladarlas a su nueva casa, el Castillo de Chapultepec y, por el otro, quedó un espacio propio para la exhibición y conservación de los acervos arqueológicos y etnográficos de la novísima institución, concentrados en ese momento en el edificio de la calle Moneda. El Museo Nacional de Historia se inauguró el 27 de septiembre de 1944. En cambio, el Museo Nacional de Antropología, en casa que en más de un sentido inspiró el Museo del Hombre, se inauguró el 17 de septiembre de 1964.



Figura 2. Figurilla de serpiente

El 20 de enero de 1939 se llevó a cabo la inauguración de la Salle d'Amérique con asistencia del ministro de Educación Nacional y del “todo París” de la ciencia, el arte y las letras. La satisfacción que mostraban el doctor Rivet, la señora Soustelle, el doctor Lehmann y el personal del Museo, la compartimos nosotros de todo corazón, por cuanto aquello nos atañía directamente y nos tocaba la fibra más íntima de lo racial.

He aquí en síntesis lo que son los Salones de América:

Toda la América indígena, a través del tiempo y del espacio está representada en esa galería, desde los vestigios más antiguos de las civilizaciones precolombinas hasta los objetos que se hallan todavía en uso entre los indios actuales. Las colecciones están agrupadas por regiones y por civilizaciones. De acuerdo con los principios de la museología moderna, la sala se halla dividida en dos “corrientes”: a la izquierda, las vitrinas de “generalidades”, acompañadas de tableros de documentación en los que se ha querido dar una imagen sintética de las grandes civilizaciones americanas. A la derecha, las vitrinas de “detalle” en las que se han presentado series de objetos que se relacionan con las mismas civilizaciones.

Para visitar la Sala de América se comienza por el extremo sur (Tierra de Fuego) y se continúa por el Chaco y las regiones amazónicas, cuyos habitantes han alcanzado una extraordinaria destreza en el trabajo de la pluma. El vaciado de la célebre Puerta del Sol de Tiahuanaco señala el principio de la sección reservada a las grandes civilizaciones antiguas de los Andes, que están representadas por la cerámica tan rica y variada del Ecuador, de Nazca, de Trujillo y de otras regiones. No se ha olvidado la metalurgia indígena y en este género se presenta una hermosa colección de objetos de oro de Colombia.

El vaciado de una gran estela de Copán anuncia el mundo maya y el mexicano. Cerámica, máscaras, estatuas, demuestran la civilización refinada de estos pueblos. Algunas piezas de un valor estético excepcional, están expuestas aisladamente, como la estatua del dios Quetzalcóatl, una máscara de jadeíta de Xipe Totec, un cráneo de cristal de roca, etcétera. Junto a estos testimonios de épocas precolombinas, figuran también los vestidos, las armas y la cerámica de los indios de hoy.

En cuanto a las colecciones que provienen de la América del Norte, y que están expuestas en el extremo de la galería, en su mayoría datan del siglo XVIII. Primero sirvieron para la educación de los jóvenes principales franceses. Se



Figura 3. *Centéotl*, diosa del maíz,
Texcoco

ven pieles de bisonte pintadas, que tienen una magnífica presentación.

La primera pieza de la colección americana del Museo del Hombre es la famosa capa o manto de plumas tupinamba que fue llevada a París por el viajero francés Thevet en 1555 y que procede del Brasil.³

México está representado por una colección de piezas de primer orden distribuidas en vitrinas y en diversos sitios del salón destinado a ellas.

Como muy bien lo ha dicho el profesor Lehmann, la colección americana del Museo del Hombre es sin duda la más rica de ese establecimiento y una de las más opulentas de todos los museos de Etnografía. En Europa, sólo las del Museum Für Völkerkunde, de Berlín, la pueden igualar. Y eso que se dice de la colección americana en general, es aplicable en lo particular a las colecciones mexicanas.

Según cálculos aproximados, son no menos de 25,000 objetos mexicanos los que se conservan en el Museo del Hombre, integrados, principalmente, por las colecciones donadas por Charnay,⁴ Augusto Genin, Pinart⁵ y [Louis] Capitan. Estas colecciones forman los núcleos fundamentales y más copiosos, a los que se agregaron las donaciones particulares, que fueron llevadas a Francia durante la época de la Intervención en México y después por donativos y adquisiciones que se han hecho en el curso de los años.

La colección mexicana consiste en objetos de piedra, de estuco, de barro, de metal, madera, hueso y concha. Voy a enumerar algunas de las piezas más notables y para ello me voy a valer de los datos que consignó en una erudita conferencia, dada en la Société des Americanistes, el 8 de marzo de 1938, por el profesor Lehmann, con el título de “Le fonds pré-colombien du Musée de l’Homme”.⁶ El profesor Lehmann, víctima de las brutalidades

³ André de Thevet (1502-1590), monje franciscano, viajó por medio mundo antes de embarcarse a mediados del siglo XVI como capellán de la flota de Nicolas Durand de Villegaignon para colonizar el Brasil. Ahí recogió especímenes de animales, plantas y minerales. De esta experiencia surgió *Singularidades de la Francia Antártica* (1574). Llegó a ser capellán de la corte de Catalina de Médicis y cosmógrafo oficial del rey.

⁴ Désiré Charnay (1828-1915), explorador y fotógrafo francés. Visitó México en dos ocasiones, 1857-1860 y 1880-1882, con el ánimo de fotografiar los vestigios de las civilizaciones precolombinas. Formó álbumes con sus fotografías y publicó entre otros el libro *Cités et ruines américaines: Mitla, Palenqué, Izamal, Chichen-Itza, Uxmal* (1863).

⁵ Alphonse Pinart (1852-1911), filólogo, etnógrafo y explorador francés.

⁶ En el original dice 8 de mayo de 1938. Sin embargo, en las páginas del número doble 30-31 del *Journal de la Société des Américanistes*, 1938, se lee que la reunión se realizó el 8 de marzo de 1938, la presidió José de Jesús Núñez y Domínguez, y Heinz Lehmann acompañó su exposición con una proyección.



Figura 4. Vaso decorado con personaje armado de cerbatana, Teotihuacán

del nazismo, halló en Francia una afectuosa acogida. Se naturalizó francés y hoy se bate bravamente en el frente de batalla por su nueva patria. Desde luego, muestro las piezas del tipo teotihuacano, encontradas en diversos sitios de la altiplanicie mexicana, así como también especímenes arcaicos. He aquí la estatuilla encontrada por Desiré Charnay en Teotihuacán (figura 1), y que ya fue publicada por Seler. Recuerda, dice el profesor Lehmann, todavía el estilo arcaico y debió ser fabricada en los comienzos de la época llamada teotihuacana. He aquí asimismo otra estatuilla de serpentina (figura 2), también encontrada en el Valle de México; y la diosa del maíz, Centéotl, y este personaje con una cerbatana (figuras 3 y 4), que procede del Valle de Teotihuacán. Entre los miles de objetos mexicanos, pueden seleccionarse estos otros: una divinidad acostada, tal vez Tláloc, con las piernas replegadas y una actividad cuadrolovulada en el vientre, procedente de Tlaxcala, de 7.5 cm de alto y de 15.5 cm de ancho; una cabeza humana, tal vez del dios del fuego, con la frente y las mejillas arrugadas, en asperón esculpido, de 14 cm de alto, procedente del Valle de México; la diosa Centéotl, en lava basáltica esculpida de 60 cm de alto y 22 cm de ancho, procedente de Atzacapotzalco. La misma diosa, esculpida en traquita, con huellas de pintura roja y de 42 cm de alto, procedente de la ciudad de México; un dios medio extendido de espaldas, esculpido en lava dacítica de 30 cm de altura y procedente de México; una divinidad indeterminada, esculpida en roca cuarzosa de 43 cm de alto, procedente de México; otra divinidad esculpida en una placa de serpentina de 32 cm de altura, procedente de México; un personaje que está de pie y que tiene huellas de pintura roja, esculpido en traquita, de un metro de alto y 42 cm de ancho, procedente de la ciudad de México, y mil y mil más, que aún no han sido identificados, pero que son de un interés inmenso.

En materia de vasos, el Museo del Hombre cuenta con una rica colección. Los principales son un vaso trípode, con un friso que representa una teoría de dioses, esculpido en alabastro, 12 cm de alto y 21 cm de diámetro, procedente de Tlaxiaco, Oaxaca; un vaso esbelto, de cuello delgado, de bordes lisos, que representa la cabeza del dios Tláloc y que tiene todavía huellas de pintura azul en café, de 22 cm de alto por 11 cm de diámetro, que procede de Tenenepanco; un vaso truncónico, de base globular, que tiene una máscara en relieve, con la cabeza de Tláloc y Tenenepanco; un vaso truncónico, de base globular, cilíndrico, vaso en forma muy típica del estilo Teotihuacán, que representa en relieve la caza de un pájaro por medio de la cerbatana y en el que se ve un nuevo estilo en plena evolución. El movimiento de los ademanes es libre y se distingue claramente de lo que se pudiera designar como arcaico. Un vaso cilíndrico



Figura 5. Vaso de barro,
Isla de Sacrificios, Veracruz

de la Isla de Sacrificios (figura 5), con bellas decoraciones; otro vaso cilíndrico, que tiene en relieve al dios Tláloc, 13 cm de alto, que procede de Nahualac; un vaso con base y cuello truncónico, que lleva una máscara humana en relieve y que procede de Oaxaca; un vaso globular, con una metopa y adornos burilados y un friso de glifos que corren a lo largo de los bordes, en gris rosado de 10 cm de alto por 12 cm de diámetro, procedente del estado de Campeche; un vaso subglobular, con friso geométrico negro sobre naranja, de 40 cm de alto y 14 cm de diámetro, procedente de Cholula; un vaso cilíndrico esbelto, con dos metopas en buril, que representa tal vez a unos prisioneros, de 12 cm de alto, procedente de Campeche; un vaso cilíndrico con tres pies en forma de placas y adornos geométricos en relieve y que procede de Teotihuacán; un vaso cilíndrico decorado con un friso, meandros y dos metopas que representan un personaje en actitud de orar, procede de Ticul, Yucatán, y tiene 16 cm de altura y 13 cm de diámetro; un vaso truncónico, con estilizaciones de pájaros y de felinos en rojo y negro sobre blanco, procedente de Oaxaca y de 20 cm de alto; un vaso hemisférico, con decoración geométrica en blanco, rojo, naranja y amarillo, de 13 cm de diámetro y procedente de Cholula; un vaso aplanado en forma de fresco y que tiene en cada lado un personaje en actitud de orar, en bajorrelieve, con glifos en el cuello y en gris pálido, procedente de Yucatán y de 9 cm de alto.

Otro objeto notable es la estatua de un hombre sentado, esculpido en piedra volcánica (figura 6), procede de Jalapasco y es del tipo Teotihuacán. Según Seler, representa a Huehuetéotl, el dios viejo. El recipiente que lleva sobre la cabeza servía como incensario o pebetero. Y a este propósito debo decir que la colección de incensarios que conserva el Museo de Londres es notable, sobre todo los de barro policromado y los que representan a personajes sentados con un recipiente en la cabeza. Son piezas muy raras y de las que se enorgullece justamente el Museo. Como se ve en la fotografía del Huehuetéotl, las mejillas del dios muestran arrugas y su cara es muy expresiva. La estilización es avanzada, como se puede ver en la flacura del cuerpo, que sirve de asa, o en las piernas, que son al mismo tiempo los pies del incensario.

Désiré Charnay llevó a Francia la pretendida cruz de Teotihuacán, como se le ha llamado las distintas veces que se le ha publicado (figura 7). Este objeto es una lápida o plancha que cerraba un subterráneo y su interés principal radica en que su dibujo representa la cabeza del dios de la lluvia, Tláloc. Fijando la atención en la fotografía se percibe la boca que contiene los cuatro colmillos del dios, sobre un adorno nasal que termina en una especie de dos volutas y que es el *Yacanezli*, el atributo de esta misma deidad. El profesor Lehmann juzga que el dibujo



Figura 6. *Huehuetéotl* de piedra, Jalapasco

muy estilizado demuestra hasta qué grado de abstracción llegaron los artistas de esta época para tomar el sentido de la forma.

En lo que se refiere a la representación de Tláloc, el Museo del Hombre cuenta con numerosas de ellas, entre otras un recipiente de traquita esculpida, de 44 cm de alto, procedente del Valle de México; en otras dos esculturas procedentes de Oaxaca y que lo muestran sentado, en piedra calcárea, una de 26 cm y otra de 10 cm de altura; en una escultura en que está acostado, con las piernas plegadas y una cavidad cuadrilovulada en el vientre, hecha en pórfido y procedente de Tlaxcala, de 7 cm de alto y 15 cm de ancho, y en una máscara de cuarzo esculpido, procedente de México y horadada. He aquí un Tláloc encontrado en la región de Orizaba y que es una pieza muy característica porque muestra aún la clave con que debía empotrarse en algún muro de templo o adoratorio (figura 8).

El Museo del Hombre se ufana justamente de contar entre sus colecciones con un objeto en el que el arte de la escultura indígena había llegado al pináculo. Es la bien conocida estatua de Quetzalcóatl, en pórfido, verdaderamente maravillosa y que forma la pieza principal del tesoro mexicano de aquella Institución. Como se puede apreciar en la fotografía (figura 9), se ve la serpiente adornada de plumas de quetzal. En las fauces abiertas de la serpiente se encuentra la cabeza de un personaje cuyas orejas llevan los *epcaboli* o sean las orejeras de concha retorneada, típicas de Quetzalcóatl, en su representación del dios del viento. En una horadación del pecho lucía el chalchihuitl, piedra preciosa del dios. El trabajo es de una calidad excepcional y, en opinión del profesor Lehmann, es la composición misma, la combinación del hombre y el animal, la que nos hace admirar esta obra desde el doble punto de vista de la forma y el pensamiento.

Otras representaciones de Quetzalcóatl existen en el Museo del Hombre, ya en su aspecto de Quetzalcóatl, del que se halla allí en una escultura, procedente de Texcoco, de 24 cm de alto, ya bajo la forma de serpiente con cabeza humana, en lava basáltica esculpida, ya en forma de máscaras. A mi ver, tan notable como la escultura de pórfido, es la representación del Quetzalcóatl en una escultura de cuarzo compacto y procedente de Mitla que lo muestra en una cabeza humana enrollada en una serpiente.

La colección de máscaras en el Museo del Hombre es también muy notable, por la riqueza y la variedad de sus ejemplares: las hay de jade, procedentes de Tula, del Valle de México, de ágata esculpida, de argilita, de piedra calcárea, de alabastro verde claro, de serpentina de material yesoso, de piedra calcárea arcillosa, de mármol gris, de roca granítica, de jadeíta, de



Figura 7. Boca de Tláloc, llamada "Cruz de Teotihuacán". Llevada a París por D. Charnay

roca porfírica, de deorita, etcétera. He aquí uno de los más bellos ejemplares (figura 10). Procede de Teotihuacán y los ojos y la boca tenían seguramente incrustaciones de otra materia que hoy ha desaparecido. Es del estilo azteca y su fuerza de expresión resulta emocionante.

Y ahora voy a mostrar otra de las maravillas del Museo del Hombre. Es el cráneo de cristal de roca, único por su perfecto acabado. Como se sabe bien, el British Museum posee uno de estos cráneos, pero es de menor calidad aunque de mayores proporciones. El cráneo que se exhibe en el Museo del Hombre (figura 11), impresiona por la delicadeza de su ejecución y entre los raros ejemplares auténticos de allí es seguramente el más bello de todos. En medio del cráneo tiene una perforación de grandes dimensiones. Llevó esta pieza a Francia M. Eugène Boban,⁷ a mediados del siglo XIX y después de estar establecido como anticuario largo tiempo en esta su capital. Nuestro Museo⁸ cuenta también entre sus objetos con un cráneo de cristal de roca, pero debemos confesar que el del Museo del Hombre es de mayor mérito.

Entre la infinidad de objetos que servían como utensilios rituales, o para la vida doméstica de las razas indígenas, el Museo del Hombre tiene vastas colecciones. Cuchillos, hachas, amuletos, pectorales, pipas, silbatos, escudillas, etcétera. He aquí una pieza muy interesante. Es un gran cuchillo de obsidiana (figura 12), encontrado en la altiplanicie mexicana que revela la destreza con que trabajaban los indios este material. Entre los silbatos antropomorfos, hay algunas piezas verdaderamente características. He aquí esta estatuita yucateca muy característica y de gran belleza de expresión (figura 13).

Entre los vasos notables de la región del Sureste de México, se encuentra un ejemplar de vaso cilíndrico, procedente de Palenque, que tiene un bello friso en la parte superior (figura 14). Como representaciones de la civilización de otros pueblos antiguos, el Museo del Hombre tiene verdaderas maravillas en objetos totonacos y zapotecos. Desde luego hay que señalar un yugo de diorita que representa un sapo, cuya cabeza se halla en la curva del objeto y las patas en las extremidades (figura

⁷ Eugène Boban-Duvergé (1834-1908), anticuario, arqueólogo de Maximiliano, encabezó la expedición en busca de arte y objetos mexicanos —los cuales llegaron al Museo del Trocadero tras pasar por la Exposición Universal de París (1867). Publicó un *Cuadro arqueológico y etnográfico de la República Mexicana*. En 1886 partió hacia Nueva York. La editorial Frossard catalogó su colección. En 1891, con ayuda de Auguste Genin, organizó y publicó un catálogo de los manuscritos de la colección Aubin-Goupil, adquiridos por Eugène Goupil en 1889 y hoy en resguardo de la Bibliothèque Nationale. En 1908 se realizó en París una venta de los objetos etnológicos de su colección.

⁸ Se refiere al Museo Nacional de Historia, Arqueología y Etnografía, del que Núñez y Domínguez fue director de 1940 a 1944.



Figura 8. ¿Cabeza de piedra de *Tlaloc*?, con espiga para empotrar

15). La pieza es notable por su acabado en general y aunque menos bella que las que tenemos en nuestro Museo, es un ejemplar de mérito. Procede del estado de Puebla, en la región limítrofe con Veracruz. También de los totonacos se encuentran en el Museo del Hombre algunas de las famosas cabecitas sonrientes (figura 16). Las que hay ahí proceden de Estanzuela, del estado de Veracruz. El profesor Lehmann no cree que sean totonacas, porque encuentra en ellas una marcada influencia maya y tienen siempre las frentes fugitivas y notables deformaciones dentarias. Asimismo hay en el Museo del Hombre varios ejemplares de “palmas” totonacas, algunos de los cuales son verdaderamente notables, como el que presenta esta fotografía (figura 17).

En lo que se relaciona con los objetos zapotecas, el Museo del Hombre posee numerosísimas urnas funerarias. Pero además de los tipos comunes de personajes sentados tiene algunas urnas con personajes que están de pie (figura 18). He aquí una de hermosísima factura: en su tocado se ven glifos calendáricos (el U seguramente) y su cuerpo luce un tatuaje precioso, también con glifos calendáricos. Según Lehmann, el tipo tiene gran parentesco con los mayas, pues se le ven los mismos labios prominentes y otras características. Otra urna funeraria zapoteca, típica por la riqueza y la abundancia casi barroca del detalle, con sus ornamentos fastuosos, es la que muestra la fotografía. Lleva una máscara de murciélago y uñas del mismo animal. La primera procede de Etlá y la segunda del Valle de Oaxaca (figura 19).

Entre las esculturas zapotecas, es muy notable la de un Tláloc sentado, que perteneció a la colección Pinart, y esta magnífica máscara de Xipe Totec, espléndido ejemplar que es admirado por todos (figuras 20 y 21).

En lo que se refiere a esculturas zoomorfas, el Museo del Hombre posee ejemplares de una belleza sin igual, ya en mármol, ora en piedra calcárea, ya en diorita o en cuarzo. Pájaros, peces, batracios, animales domésticos, etcétera, se encuentran allí representados en deliciosas figuras. Y en objetos de metal, hay una colección de cascabeles de cobre y una maravillosa calavera en cobre fundido, procedente de Campeche, de que se envanece con toda justicia el Museo, como también del tepoztli de 53 cm de alto y 14 cm de ancho, que es una pieza magníficamente esculpida.

En cuanto a objetos de hueso y de concha, el Museo posee, entre otros, un fragmento de fémur humano decorado con una cabeza de águila, que es un instrumento musical que suena por medio del frotamiento y numerosos collares de concha esculpida.

Tal es a grandes rasgos la colección mexicana del Museo del Hombre, que como dije al principio consta de 25,000 ejem-



Figura 9. *Quetzalcóatl*. Lava basáltica, Valle de México

plares y cuyo catálogo que iba a ser publicado en breve, lo será más tarde, una vez que los nuevos bárbaros sean reducidos a la impotencia por los soldados que defienden la civilización y el derecho.

Alexis Manuel Auguste Génin

Paul Rivet

Paul Rivet (1876-1958), siendo médico de formación, se interesó en el origen del hombre en América. En 1906, se integró al Museo Nacional de Historia Natural, al cabo de residir durante varios años en Ecuador. Fue profesor de antropología en el Museo de Etnografía (también conocido, por su ubicación, como el Museo del Trocadero), y en 1930, con el respaldo del ministro francés de Relaciones Exteriores, fundó la llamada *Ecole Française de Mexico* —que de escuela tuvo muy poco, aunque sí fue centro de operaciones de un total de ocho estudiosos, quienes así pudieron vivir un año en México para completar sus investigaciones—. Así, en julio de 1930, Rivet viajó a la ciudad de México para instalar al primer pensionado de dicha *Ecole*, Robert Ricard (1900-1985), y luego fue a Guatemala y El Salvador. Rivet fue una pieza clave en las páginas del *Journal de la Société des Americanistes de Paris*. Trabajó en la transformación del antiguo Museo de Etnografía en el novísimo Museo del Hombre y fue su primer director. La *Ecole Française de Mexico* cerró en 1940, luego de haber dado cobertura a François Weymuller, Jacques Soustelle, Latarjet, Guy Stresser-Péan, Gessain, Halpern y Georgette Soustelle. Rivet formó parte de la resistencia en la Francia de Vichy, y fue consejero de la Francia combatiente en México. En 1942, se instaló en Colombia, donde fundó el Instituto y Museo de Antropología. En 1945 regresó a Francia. Esta nota necrológica sobre Auguste Génin apareció precisamente en el *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, tomo XXIV-1, 1932. Traducción y nota de Antonio Saborit.

NUESTRA SOCIEDAD DE AMERICANISTAS acaba de perder a uno de sus amigos más leales; la ciencia americana, a uno de sus más ardientes adeptos. A. Génin murió en la ciudad de México el 3 de diciembre de 1931.



Figura 10. Máscara teotihuacana